



Verdad y Anuncio de la Fe



P^a. Nuestra Sra. Reina del Cielo ✧ Año V ✧ nº. 34 ✧ 26 de Junio de 2011

Evangelio de este Domingo

«Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida»

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 51-58

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos:

«Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.»

Disputaban los judíos entre sí: «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?»

Entonces Jesús les dijo:

«Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.

Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.

El Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come vivirá por mí.

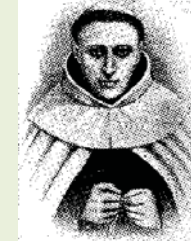
Éste es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre.»

Contenidos de la Hoja Semanal

- **Evangelio:** Evangelio de san Juan 6, 51 – 58.
- **Testimonio:** Hermann Cohen (1820-1871).
- **Magisterio:** C.V. II : Gaudium et Spes (GS 69).
- **Tradición:** Santo Tomás de Aquino (1225-1274). Doctor de la Iglesia.

Hermann Cohen (1820-1871). El apóstol de la Eucaristía

Hermann Cohen fue un famoso músico y pianista judío, nacido en Hamburgo (Alemania). Sus triunfos musicales hicieron de él un joven caprichoso e inmoral. Él mismo escribe: «*Las lecciones de música me proporcionaban dinero y el dinero me proporcionaba placeres. Me permitía a mí mismo toda licencia...*» Pero Dios lo estaba esperando. A los veintiséis años, un viernes de mayo de 1847, fue a la iglesia de santa Valeria de París para sustituir como director del coro a su amigo, el príncipe de la Moscowa. En el momento de la bendición con el Santísimo Sacramento, sintió una gran emoción y una gran paz. Volvió los viernes siguientes y, en el mismo momento de la bendición, sentía la misma emoción.



Volvió cada domingo a la misa a la iglesia de santa Valeria. Buscó un sacerdote, el Padre Legrand, que le impactó hasta el punto de decir: «*La benévola acogida del sacerdote me impresionó vivamente e hizo caer de un golpe uno de los prejuicios arraigados en mi mente. Sólo los conocía por las novelas, que los representaban como hombres que sin cesar tenían en los labios las amenazas de la excomunión y las llamas del infierno; pero me encontré con un hombre instruido, modesto, bueno, franco, que lo esperaba todo de Dios.*»

Tuvo que hacer un viaje a Alemania y el domingo fue a misa. «*Allí la presencia invisible, pero sentida por mí, de un poder sobrehumano, empezaron a agitarme. En el acto de la elevación a través de mis párpados sentí, de pronto, brotar un diluvio de lágrimas...*Y, espontáneamente, empecé a manifestar a Dios una confesión general de todas las enormes faltas cometidas, mientras, al mismo tiempo, sentía una calma desconocida... Al salir de la iglesia de Ems, era ya cristiano. Sí, tan cristiano como es posible serlo cuando no se ha recibido aún el santo bautismo.

Regresó a París y el día 15 de ese mes de agosto, asistió al bautismo de cuatro judíos convertidos. La ceremonia le hizo suspirar por su propio bautismo, que se realizó el 28 de agosto. Y en el momento de la ceremonia, dice él mismo: «*Sentí una conmoción tan viva y fuerte que no sabría compararla mejor que al choque de una máquina eléctrica. Los ojos se cerraron, al mismo tiempo que mi alma se abrió a una luz sobrenatural y divina. Me encontré como sumido en un éxtasis de amor y me pareció participar de los gozos del paraíso.*»

Ordenado sacerdote el 20 de abril de 1851, toda su actividad sacerdotal la enfocó a fomentar el culto a Jesús Eucaristía. Por eso, se le llama el apóstol de la Eucaristía. Se comprometió ante Dios con voto a predicar siempre sobre la Eucaristía. Toda su vida fue amar y hacer amar a Jesús Eucaristía y a su madre María... Así, decía: «*Todos los pasos, todos los adelantos, los debo de manera bien evidente a nuestra Madre común, a la buena y santa Virgen María, refugio de pecadores, a quien cada día he implorado con fervor.*» Una de sus grandes obras fue la fundación de la Adoración nocturna a Jesús Eucaristía.

C.V II. Gaudium et spes (GS 69).

Los bienes de la tierra están destinados a todos los hombres.

69. Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos. En consecuencia, los bienes creados deben llegar a todos en forma equitativa bajo la égida de la justicia y con la compañía de la caridad. Sean las que sean las formas de la propiedad, adaptadas a las instituciones legítimas de los pueblos según las circunstancias diversas y variables, jamás debe perderse de vista este destino universal de los bienes. Por tanto, el hombre, al usarlos, no debe tener las cosas exteriores que legítimamente posee como exclusivamente suyas, sino también como comunes, en el sentido de que no le aprovechen a él solamente, sino también a los demás. Por lo demás, el derecho a poseer una parte de bienes suficiente para sí mismos y para sus familias es un derecho que a todos corresponde. Es éste el sentir de los Padres y de los doctores de la Iglesia, quienes enseñaron que los hombres están obligados a ayudar a los pobres, y por cierto no sólo con los bienes superfluos. Quien se halla en situación de necesidad extrema tiene derecho a tomar de la riqueza ajena lo necesario para sí. Habiendo como hay tantos oprimidos actualmente por el hambre en el mundo, el sacro Concilio urge a todos, particulares y autoridades, a que, acordándose de aquella frase de los Padres: Alimenta al que muere de hambre, porque, si no lo alimentas, lo matas, según las propias posibilidades, comuniquen y ofrezcan realmente sus bienes, ayudando en primer lugar a los pobres, tanto individuos como pueblos, a que puedan ayudarse y desarrollarse por sí mismos.

En sociedades económicamente menos desarrolladas, el destino común de los bienes está a veces en parte logrado por un conjunto de costumbres y tradiciones comunitarias que aseguran a cada miembro los bienes absolutamente necesarios. Sin embargo, elimínese el criterio de considerar como en absoluto inmutables ciertas costumbres si no responden ya a las nuevas exigencias de la época presente; pero, por otra parte, conviene no atentar imprudentemente contra costumbres honestas que, adaptadas a las circunstancias actuales, pueden resultar muy útiles. De igual manera, en las naciones de economía muy desarrollada, el conjunto de instituciones consagradas a la previsión y a la seguridad social puede contribuir, por su parte, al destino común de los bienes. Es necesario también continuar el desarrollo de los servicios familiares y sociales, principalmente de los que tienen por fin la cultura y la educación. Al organizar estas instituciones debe cuidarse de que los ciudadanos no vayan cayendo en una actitud de pasividad con respecto a la sociedad o de irresponsabilidad y egoísmo.



Santo Tomás de Aquino (1225 – 1274), Doctor de la Iglesia.

Teólogo y filósofo dominico, llamado "Doctor Angélico", autor de la Suma Teológica, obra insigne de teología y Patrón de la Educación y de las escuelas católicas.

Nació en Roccasecca, cerca de Aquino, Nápoles hacia el año 1225. Fue el hijo menor de una familia de 12 hermanos. Realizó sus primeros estudios con los benedictinos en Montecassino, cerca del castillo de sus padres. Continúa por cinco años en la Universidad de Nápoles, donde asombra por su portentosa inteligencia, conoce la Orden de los Predicadores (recién fundada) y se hace, con la oposición de su familia, dominico. Murió el 7 de marzo de 1274 a la edad de 49 años, después de una vida dedicada intensamente a amar a Dios, al estudio y a la docencia de Filosofía y Teología.



Destacó muy especialmente por su amor a la Eucaristía, de ahí que el Papa le encargara los himnos para la Fiesta Corpus Christi, para cuya celebración compuso, entre otros, el *Pangelingua* y el *Tantumergo* y, también, el calor que pone en su opúsculo "¡Oh banquete precioso y admirable!", como se puede leer en algunos de sus más expresivos y efusivos párrafos:

«El Hijo único de Dios, queriendo hacernos partícipe de su divinidad, tomó nuestra naturaleza, a fin de que hecho hombre, divinizase a los hombres. Además, entregó por nuestra salvación todo cuanto tomó de nosotros. Porque, por nuestra reconciliación ofreció, sobre el altar de la cruz, su cuerpo como víctima a Dios, su Padre, y derramó su sangre como precio de nuestra libertad y como baño sagrado que nos lava, para que fuésemos liberados y purificados. Pero, a fin de que guardásemos por siempre jamás en nosotros la memoria de tan gran beneficio, dejó a los fieles, bajo la apariencia de pan y de vino, su cuerpo, para que fuese nuestro alimento, y su sangre, para que fuese nuestra bebida. ¡Oh banquete precioso y admirable, banquete saludable y lleno de toda suavidad! ¿Qué puede haber más precioso que este banquete en el cual no se nos ofrece, para comer, la carne de becerros, como se hacía bajo la antigua ley, sino al mismo Cristo, verdadero Dios? (...)».

«Por eso, para que la inmensidad de este amor se imprimiese más profundamente en el corazón de los fieles, en la última cena, cuando, después de celebrar la Pascua con sus discípulos, iba a pasar de este mundo al Padre, Cristo instituyó este sacramento como el memorial perenne de su pasión, como el cumplimiento de las antiguas figuras y la más maravillosa de sus obras; y lo dejó a los suyos como singular consuelo en las tristezas de su ausencia».